

El llano dorado, la sombra azul de las supuestas colinas a lo lejos, pero sobre todo una casa solitaria que da la medida de la llanura, su grandeza”.

Individualista, raro, pero no eremita. Todo el día está rodeado de gente que ni siquiera sabe que es escritor. Atravesamos el pueblo en coche para ir al cementerio y al reseco campo de golf sombreado por lánguidos eucaliptos en el que juega los domingos. Cuando comemos en el club de hombres de Goroke, donde Murnane hace de barman, dice que nació sin sentido del olfato y apenas distingue el gusto de una manzana del de un bistec. “Por eso tengo una especial sensibilidad hacia los colores y los sonidos”. Esa “ceguera” olfativa se transmite a su literatura, convirtiéndola en un foco en el que el lector encuentra ángulos insospechados de los objetos y el proceso cromático de la mente. Y sin duda ha espolvoreado su insólita imaginación, su curiosidad visual y sonora. Nunca ha montado a caballo ni subido a un avión (“por miedo a caer, sin duda”), pero aquella tarde de 1947 que oyó por la radio la transmisión de la carrera más célebre de Australia, la Melbourne Cup, le ha acompañado toda la vida. Allí surgió el gusto a crear imágenes en su mente que vertió en la escritura de sus particulares libros y ahora en la crónica hípica de sus “propias” antipodas.

“Mi padre fue un apostador compulsivo. Sólo le importaban los caballos”. Él y un entorno de criadores y yóqueis son el telón de fondo de su primer libro, *Tamarisk Row* (1974), y también de la segunda obra publicada en español, *Una vida en las carreras* (2015) —ahora traducida por Minúscula—, en la que la figura paterna planea como una sombra fatídica. “Es el libro que me ha costado menos tiempo escribir”. Lo concibió en un estilo ligero muy diferente a sus novelas, para llamarlas de alguna manera. Aquí el escrutador de praderas —que adquirió su otra verdadera pasión tras las carreras de caballos, el idioma húngaro, leyendo *Gente de las puszta*, de Gyula Illyés— da rienda suelta a la memoria de su más inveterado apego. “Desde que abandoné la iglesia a los 20 años, las carreras han conformado mi filosofía vital, mi religión”.

Ha apostado toda su vida, ganando y perdiendo sin poner en riesgo su hogar, al contrario que su padre: “Fue un irresponsable; por culpa de su adicción, yo y mis hermanos vivimos a salto de mata”. Aún antes de cada carrera local importante, a las que ya no suele ir, estudia las posibilidades de los caballos en liza, su historia, sus jinetes. “Apostar es una forma de expiación de mis pecados solitarios”. Le recuerdo la cita de Kerouac que precede *Bartley Patch* (2009), en la que se habla de una carrera tan complicada que no termina nunca. “Para mí nada hay más importante y revelador que una prueba hípica, ni siquiera la literatura, ni el mismo Shakespeare: nunca se acaba su sentido para mí. Esos caballos lanzados al límite y los rutilantes colores de los jinetes seguirán corriendo en mi espíritu para siempre”.

Una vida en las carreras. Gerald Murnane. Traducción de Carles Andreu. Minúscula, 2018. 280 páginas, 20 euros.



Joshua Gersen dirige a la Joven Orquesta de Nueva York en el Carnegie Hall en 2013. HIROYUKI ITO (GETTY IMAGES)

POR VIVIAN GORNICK

MI madre recibió la invitación al almuerzo anual de benefactores de la Filarmónica y me invitó a que la acompañara. Su asistencia cada año a este almuerzo es motivo de broma en la familia. Cuando ya llevaba treinta años suscrita a los conciertos de la tarde de los viernes en la Filarmónica, la invitaron —a ella, que vivía de la Seguridad Social y una exigua pensión del sindicato— a almorzar con el relaciones públicas de la orquesta. Mi madre pensó que querían darle las gracias por haber sido una leal amante de la música, pero resultó que la estaban cortejando como una posible mecenas que recordaría a la Filarmónica en su testamento. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, dijo:

—¡Ah! Así que es mi dinero lo que buscan. Está bien, les dejaré doscientos dólares.

El relaciones públicas, acostumbrado a donaciones de miles de dólares, estaba perplejo.

—¿Doscientos? —repetió, incrédulo.

—Buena —respondió mi madre indignada—, quinientos.

Al parecer, en ese momento ambos fueron conscientes de la magnitud del malentendido y estallaron en una ruidosa carcajada. Allí mismo, el relaciones públicos hizo a mi madre Amiga de la Filarmónica, y desde entonces ha recibido una invitación al almuerzo anual de benefactores.

En el comedor del Lincoln Center, la presentación ya ha comenzado. Este mismo relaciones públicos está de pie frente a una pizarra llena de números; tiene un puntero en la mano y se dirige a todos los invitados de la sala. Hombres y mujeres ocupan las pequeñas mesas redondas y, aunque van engalanados con trajes azules y vestidos de seda, su aspecto no es muy distinto del de mi madre, que va vestida de poliéster. La edad mide a todos con el mismo rasero.

Mi madre se sienta en una silla vacía, tira de mí hasta la que hay a su lado y llama imperiosamente al camarero para que le traiga una ensalada de pollo.

—Y cuando mueran —dice el hombre de la pizarra—, la Filarmónica podrá obtener la cantidad que ustedes hayan donado con estas deducciones que les he comentado. Si eligen el plan B, es posible que sus hijos aleguen que perderán cuarenta mil dólares en costes tributarios y fiscales. Pero —sonríe ampliamente a la audiencia— ése es un problema de fácil solución. Contraten una póliza de seguros y déjenles cuarenta mil dólares más.

Mi madre me mira divertida; después, resopla y lanza una ruidosa car-

cajada mientras el relaciones públicos sigue ilustrando a los presentes sobre cómo dejar cien mil dólares limpios a la famosa orquesta. La gente se vuelve para mirarla, pero a ella le da igual: se lo está pasando bomba. He aprendido a mantener la calma en estas situaciones.

Cuando terminamos de comer, se levanta sin vacilar y se apresura a colocarse en la cola de invitados que se ha formado para estrecharle la mano al relaciones públicos. Cuando éste la ve, la toma afectuosamente de la mano y le dice en tono audible:

—¡Hola! ¿Cómo está?

—¿Sabe quién soy? —le pregunta mi madre con coquetería.

—Por supuesto —dice él sinceramente.

La mujer que venció al sistema

Vivian Gornick publica unas memorias que son el autorretrato de una feminista independiente. *Babelia* ofrece un extracto

Ella se queda parada con una sonrisa de oreja a oreja. Él sabe quién es. Es la mujer que ha vencido al sistema. No tiene dinero, pero ahí está, con un ojo puesto en los nuevos ricos mientras éstos espolvorean parte de sus ganancias ilícitas sobre la cultura. Es el punto álgido de la mañana, el triunfo del día; después de algo así, todo es anticlímax. Intenté por todos los medios que mi madre fuera feminista, pero esta mañana comprobé que, para ella, nada es más importante en este mundo que la lucha de clases. No importa. Al final, para sentirse estimulado, una cosa es tan buena como la otra.

‘La mujer singular y la ciudad’. Vivian Gornick. Traducción de Raquel Vicedo. Sexto Piso, 2018. 148 páginas. 19,90 euros.

FERIA DE ARTE Y ANTIGÜEDADES DE LISBOA

2018

CORDOARIA NACIONAL

14 a 22 de ABRIL

PREAPERTURA: 13 de ABRIL, 18h e 21h

HORARIO
De lunes a sábado: 16h00-23h00
Domingo: 12h00-20h00

ORGANIZACION
Associação Portuguesa dos Antiquários
Tel. +351 213 474 571
apo@tase.pt
www.apo.pt

Patrocinadores:

Projeto Gráfico: Carlinho, João, António, 2018. Inovação em Arte.

“No tiene dinero, pero ahí está, con un ojo puesto en los nuevos ricos mientras éstos espolvorean parte de sus ganancias ilícitas sobre la cultura”